

La unidad del orden natural y del sobrenatural en la Historia de la Salvación

1. *Cristo es el fundamento y el arquetipo* de la unidad del orden natural y sobrenatural. En El ha sido reasumida la naturaleza humana en la vida del Logos, de tal modo que todas sus acciones son acciones del yo divino. Por eso todas las acciones de Cristo han sido acciones salutíferas, no solamente su Pasión y Muerte, sino también sus movimientos, el hablar y el callar, el comer y el beber, el dormir y el vigilar. La vida entera de Cristo no fué una existencia meramente humana, en cada una de sus acciones trascendió lo humano y estaba arraigada en lo divino. El sujeto de las acciones era el yo divino. Pero a pesar de estar íntimamente unida con el Verbo de Dios, la naturaleza humana no perdió su autonomía ontológica, su libertad, sus peculiaridades. No fué absorbida o suprimida por la naturaleza divina. No quedó suprimida ninguna de las leyes físico-biológicas del orden natural humano. La Naturaleza fué el instrumento terreno del yo divino del Logos. Este llevó a cabo la obra de la Redención en las formas en que se realiza la existencia humana.

La naturaleza humana le sirvió del mismo modo que lo infe-

rior sirve a lo superior, pero no quedó suprimida ni convertida en divinidad. De haber sucedido esto, Cristo hubiese destruído la Naturaleza, la creación primera, el reino del Padre. Cristo no lo hizo. Cristo hubiera podido convertir las piedras en pan, pero no lo hizo. No suprimió el matrimonio, sino que lo santificó. La Creación, el reino del Padre, había de seguir subsistiendo. No sólo no había de ser destruída, sino que hasta fué predestinada a ser transformada y glorificada. Por otra parte, tampoco el orden divino ha sido absorbido y suprimido por el orden humano. Cristo no puso su poder divino al servicio de lo terreno. Véanse los §§ 147 y 152.

2. Cristo es la *norma* de la unión entre lo natural y lo sobrenatural. Tenemos *en primer lugar que la Naturaleza no puede y no debe ser suprimida por lo sobrenatural*. Ha de ser compenetrada y transformada por lo sobrenatural. El orden sobrenatural es una especie de levadura que ennoblece y transfigura lo natural. Pero no debe llegar a suprimirlo. El reino del Padre, con todas sus leyes y órdenes, es elevado al reino del Hijo, sin perder su estructura propia. Siguen subsistiendo, pues, la cultura, la historia, el arte, la filosofía, la ciencia, el estado, el pueblo. El *integralismo*, tal como fué representado por algunos pensadores a principios de siglo, está amenazado por el peligro de llegar a suprimir monofisíticamente la Naturaleza, aunque tenía razón cuando acentuaba la supremacía del orden sobrenatural frente a las tendencias naturalistas, que podían observarse aún dentro del Cristianismo. La desvalorización de la Naturaleza y la exclusiva valoración de lo sobrenatural fomentan sólo aparentemente la piedad. En realidad, tal actitud es un peligro para lo sobrenatural; lo sobrenatural se naturaliza. En efecto, si no existe la Naturaleza, entonces tampoco existe un orden por encima y allende de la Naturaleza. El más allá queda convertido en más acá. Se comprende bien con cuánta razón la Iglesia de los primeros siglos combatía tanto a los que negaban la naturaleza humana de Cristo como a los que con los maniqueos y gnósticos negaban o desvalorizaban el orden natural. Lo hacía impulsada por el deseo de mantener íntegro el valor de lo sobrenatural. Sigue, pues, subsistiendo la Naturaleza con todos sus órdenes. La cultura no se convierte en culto, ni el estado en Iglesia, ni la filosofía en fe, ni la historia en Historia de la Salvación.

Son designadas con el nombre de *supranaturalismo* la teoría y práctica que no aprecian en lo debido el orden natural. (A veces, con esa expresión se designa meramente la existencia de un orden sobrenatural.)

Con respecto a la diferencia que existe entre *Historia de la Salvación* y la *historia universal* puede decirse lo siguiente. Cuando Dios mismo intervino en la Historia, escogiendo de entre los pueblos al pueblo de Israel y encomendándole una misión superior a la de los demás pueblos, no suprimió con ello la misión de los otros pueblos. Dios ha encargado a los pueblos que sometan la tierra, que la estructuren y den forma a fin de que pueda ofrecerles todo lo que necesitan para vivir, para que quede convertida en un lugar donde puedan alimentarse, habitar, multiplicarse y extenderse. Mediante su actividad histórica los pueblos cumplen este mandato divino. Se trata de un precepto riguroso y serio, como lo demuestra el hecho de que al fin de los tiempos Dios preguntará a los pueblos hasta qué punto han contribuido a convertir la tierra en un sitio donde se puede vivir y habitar, en un centro de la libertad y seguridad, del bienestar y de la salud. Dentro de la historia universal, que comienza con un mandato divino y termina con el día del Juicio, se halla la Historia de la Salvación. Se distingue de la historia universal debido al sujeto agente, el sentido y la meta. Sujeto agente de la Historia de la Salvación es Dios mismo, de un modo más directo que lo es en la historia profana. El toma la iniciativa y se sirve del hombre como de instrumento. El sentido interno de la Historia de la Salvación consiste en la instauración y fomento del señorío divino. Su meta son el cielo nuevo y la tierra nueva, es decir, el nuevo *eón*, el que sucederá al presente *eón* de la muerte. No obstante, la Historia de la Salvación se realiza del mismo modo que la historia profana, en acontecimientos que están coordinados con sucesos profanos y que se pueden datar a partir de éstos. Trasciende la historia profana y al mismo tiempo la ilumina con la luz de Dios. Por consiguiente, a pesar de las diferencias existe una conexión íntima. Dentro de esta totalidad coherente y convergente la Historia de la Salvación tiene la primacía. Desarrolla su actividad dentro de la historia universal, transformándola, salvándola y regentándola. La Historia de la Salvación está al servicio de la soberanía divina, que es una soberanía de la verdad y del amor, y realiza, por consiguiente, la gloria de Dios dentro de la historia humana, transforma al hombre, le convierte en amante de la verdad y en servidor del amor abnegado. La historia profana será tanto más perfecta cuanto mayor sea la influencia ejercida sobre ella por la Historia de la Salvación. Las tentativas y esfuerzos históricos del hombre que la rechaza están condenados a fracasar. Donde no reina Dios, que es la Verdad y el Amor en persona, reinan las fuerzas infernales de la destrucción. El que niega la Historia de la Salvación se convierte en sepulturero de la historia profana. Existe, pues, una conexión entre estas dos formas de la historia. Pero no son idénticas.

3. En definitiva, *la Naturaleza sirve y tiene que servir a lo sobrenatural* (lo cual no se debe confundir con el servicio a la Iglesia). La Naturaleza está dentro del Reino de Cristo y se halla compenetrada por las fuerzas santificantes y redentoras de Cristo, que es la cabeza del universo, no sólo de la Iglesia.

Pero la Naturaleza sirve a lo sobrenatural indirectamente. en primer lugar, en cuanto que se rige por las propias leyes inmanen-

tes. Estas leyes son expresión y manifestación de la voluntad creadora de Dios, es decir, de aquella voluntad del Padre que es "alimento" para Cristo. Por ejemplo, el arte no es cristiano por el hecho de que trate motivos cristianos. Cristiano es también el arte que busca las leyes de la hermosura creadas por Dios. Ese arte hace resplandecer la gloria de Dios en el mundo desfigurado por el pecado y restaurado por Cristo, la gloria del Padre, que ha revelado en Cristo su misterio. De este modo, está y se pone al servicio del Reino de Cristo, que ha venido a traernos la vida, una vida que consiste en conocer y amar a Dios y a Jesucristo, enviado al mundo por el Padre. De este modo, la Naturaleza cumple una misión divina orienta al hombre hacia Dios.

Pero la Naturaleza presta a lo sobrenatural otro servicio, un servicio directo. Puede prestar servicios en lo que concierne a "la elaboración de los contenidos, el desarrollo, ordenación y estructuración en el ámbito del conocimiento, de los valores y de la actividad. Esto es lo que sucede cuando se ponen al servicio del conocimiento de la Revelación los resultados de la investigación filosófica, psicológica e histórica, para que sirvan a la ciencia teológica. O cuando el orden de la vida religiosa se sirve de valores y formas jurídicas para elaborar el derecho eclesiástico. Lo mismo ocurre en la liturgia, en el arte eclesiástico, en la pedagogía e instrucción religiosas, etc. Cuando no sucede así, cuando en nombre de un Cristianismo "puro", "religioso", se combaten la ciencia teológica, las formas litúrgicas, el orden jurídico, los conocimientos pedagógicos y las prácticas ascéticas, entonces llega a atrofiarse la vida religiosa, se empobrece y degenera" (R. Guardini, *Gedanken über das Verhältnis von Christentum und Kultur*, en "Unterscheidung des Christlichen", 1935, 197). Cfr. el § 4. Sin este servicio de la Naturaleza, lo sobrenatural flotaría en un espacio vacío, perdería su realidad y vitalidad. En cierto sentido, hasta podría decirse: Cuanto mejor es la Naturaleza, tanto más valiosos son los servicios que puede prestar a lo sobrenatural, tanto más favorables son las condiciones con que se hallará la fuerza transformadora de lo sobrenatural. Por ejemplo, en un hombre por naturaleza magnánimo, noble, sincero, entusiasta y abnegado, lo sobrenatural se manifestará con tanto más esplendor y sublimidad, si es que llega a apoderarse de él. Al contrario, un hombre de por sí, por naturaleza, mezquino, ruin y de ánimo plebeyo, no quedará inmediatamente convertido en un ser noble, libre y magnánimo. Cfr. Fr. von

Hügel, *Cartas a su sobrina*, 1938). Idem, *Religion als Ganzheit* (trozos escogidos, traducción alemana por M. Schlüter-Hermkes, 1948).

4. Por importantes que sean los servicios que la Naturaleza presta a lo sobrenatural, conviene tener también presente que esos servicios implican una serie de *peligros*. La Naturaleza puede olvidar que es una mera servidora, tratando de convertirse en señora de lo sobrenatural. Es éste uno de los más graves peligros. En efecto, la Naturaleza es lo directamente perceptible y, por consiguiente, lo obvio, lo evidente y manifiesto, lo palmario y contundente, por decirlo así, mientras que lo sobrenatural se halla allende de la Naturaleza, sólo se puede captar con dificultad, está amenazado por numerosos peligros en lo que respecta a su realización. En concreto, los peligros a que nos referimos podrían presentarse bajo las siguientes formas: Predominio de la filosofía sobre la fe, de la dialéctica sobre la Revelación, de Aristóteles sobre San Pablo (interpretando a San Pablo según la filosofía de Aristóteles, y haciendo de ésta la norma de lo que el sagrado escritor ha dicho y ha tenido que decir), de la filología sobre la teología, de la historia profana sobre la historia eclesiástica, del rendimiento moral sobre el culto litúrgico, de la actividad sobre la contemplación, de la autoridad sobre la piedad, de la organización sobre el amor, del mecanismo sobre la vida, del *homo faber* sobre el *homo orans*. El predominio o dominio absoluto de la Naturaleza, con represión o exclusión de lo sobrenatural, es una de las formas del *naturalismo*.

La cultura puede llegar a absorber y suprimir lo sobrenatural. Es éste un peligro que conviene no perder nunca de vista. Más aún, con la naturaleza autocrática y orgullosa de sí misma puede introducirse lo profano en el interior del santuario. Los ídolos y demonios han sido vencidos, pero no han sido destruídos, siguen viviendo y tratarán siempre de poner a su servicio lo sobrenatural. Por eso habrá siempre necesidad de una nueva purificación del templo. Cristo la llevó a cabo castigando con mano dura e inclemente a los que lo habían profanado; Dios la realiza de continuo mediante las tormentas e intemperies de los siglos, sirviéndole las criaturas como de instrumento (véanse los *Profetas* y el *Apocalipsis*). Cuanto más elevada y noble es la Naturaleza, tanto mayores peligros y obstáculos puede presentar para lo superior, es decir, para lo sobrenatural.

Lo *superior* desconcierta e inquieta lo *inferior* (lo cual, de por sí, puede ocupar un puesto elevadísimo). Por ejemplo, cuando un reformador social trata de mejorar el estado de cosas dominante, inquieta a todos los que han nacido y se han formado en ese estado, aun cuando el orden que presenta o propone sea superior al actual. Siempre se podrán aducir pruebas y argumentos para combatir las reformas propuestas. Véase en las obras de Santa Teresa de Jesús lo que dice el alcalde de Avila y la respuesta del dominico Báñez. Lo sobrenatural inquieta a la naturaleza. Interrumpe siempre de nuevo en el círculo formado por lo natural y pone de manifiesto su precariedad. Lo sobrenatural, repitámoslo, inquieta, desconcierta, perturba, hace que se frustren los esfuerzos con que la naturaleza trata de crear un orden inmanente, intramundano. Es verdad que lo sobrenatural ennoblece la naturaleza, pero al mismo tiempo pone de manifiesto que lo natural es una realidad pasajera y caduca. No lo niega ni lo destruye, pero demuestra que su actual forma existencial, su existencia "natural", es una realidad provisoria, secundaria. A la supremacía de lo sobrenatural se refiere San Pablo en la Epístola a los Colosenses (3, 10-11): "Despojaos del hombre viejo y vestíos del nuevo, que sin cesar se renueva para lograr el perfecto conocimiento, según la imagen de su creador, en quien no hay griego, ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro o escita, siervo o libre, porque Cristo lo es todo en todos." Con palabras parecidas testimonia la supremacía de lo sobrenatural en la Epístola a los Gálatas: "Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si todos sois de Cristo, luego sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa" (3, 26-29).

Según la Epístola a los Romanos, no es la *ciencia o la técnica*, sino el *Espíritu Santo*, quien dará a la naturaleza la *perfección final* (Rom. 8, 19 y sig.). La naturaleza se defiende contra la inquietud. Opone resistencia. Esta es tanto mayor cuanto que no se trata de la naturaleza inocente, íntegra, sino de la naturaleza sometida al pecado y que se ha rebelado contra Dios. La indolencia y el orgullo, los principales defectos del hombre según Pascal, se oponen con la misma energía contra la influencia de lo sobrenatural. La naturaleza no quiere ser transformada, quiere el eterno retorno de su movimiento cíclico. Lo sobrenatural es por eso inquietud y desasosiego.

Guardini describe de la siguiente manera este estado de cosas: “No es cierto que el hombre reaccione siempre positivamente frente a las influencias divinas. Es verdad que ha sido *ad Deum creatus*, como dice San Agustín, acentuándolo también Pascal, de tal modo que “amamos naturalmente a Dios”; pero el hombre se halla también en un estado de rebelión radicalmente, y no solamente este o aquel hombre, todos los hombres. Lo santo inquieta. La inquietud que produce lo santo se manifiesta bajo diferentes formas, desde la simple molestia y el malestar hasta la repugnancia, hasta el odio declarado y el paroxismo de la destrucción (véase el acontecimiento, de por sí incomprensible, descrito en *Lc. 4, 16-30*). Tenemos ahí una de las realidades fundamentales, que puede contribuir a hacernos comprender el sentido de la Historia. La reacción contra lo santo puede manifestarse bajo todas las formas posibles. No hay necesidad de razón alguna: las razones vienen después, son mero revestimiento, u ocasión, pues todo ha de estar ocasionado de una manera o de otra. En realidad, la reacción surge directamente de las raíces mismas del ser humano contra la cualidad de lo santo. Contra el carácter de lo divino. Porque va “contra el buen gusto”, como dice Nietzsche, “contra la naturaleza”, como diría Pascal con profunda ambigüedad. No obstante, se adopta la actitud a base de razones o motivos. Los que rehusan lo santo o lo combaten lo hacen impulsados por razones, por razones de peso, por razones del todo evidentes. Que pueden derivarse o de la insuficiencia de los mensajeros de la Revelación—¡nada nos irrita tanto como las debilidades de los que sirven a Dios!—o de la oblicuidad de la situación—y la Revelación se halla siempre en una situación “oblicua”; tiene que hallarse siempre en tal situación, siendo el hombre lo que es—, o de las situaciones de lo histórico—siempre hay una inmensidad de cosas de las cuales “la religión” tiene la culpa—... Hasta aquel extraño fenómeno en que se manifiesta de un modo tan desalentador el estado de crisis en que se halla la existencia humana. El hecho de que todo valor es de por sí evidente y claro, pero tan pronto como entra en el ambiente concreto de la vida humana, en el corazón del hombre, en su pensamiento, en las relaciones mutuas de los hombres, en el entretejido de la historia, ocurre una cosa extraña, a saber: que parece como si atrajese contra sí mismo la maligna contradicción que acecha por todas partes en las malas tendencias fundamentales del hombre. De ahí surgen los argumentos contra los mensajeros de Dios, los más tenaces entre todos, porque surgen de la crisis misma de la existencia humana. A partir de ahí reaccionamos todos... Nunca, pues, faltarán razones. Y en todos los tiempos, los que luchan contra la Revelación causarán una impresión de moderación y sabiduría, parecerán ser los defensores de la vida, los protectores del mundo y de su valor. Más aún, se presentará el caso paradójico de que el hombre luchará contra los profetas en nombre de Dios, en pro de Dios contra el mismo Hijo de Dios, como lo ha dicho Jesucristo: “Los que os matan estarán convencidos de que sirven con ello a Dios.” Los que rehusan la Revelación defenderán el concepto “puro” del ser absoluto, el misterio de la divinidad profunda, de la divinidad que sosiega el corazón humano, el fondo creador del universo y la vida universal infinitamente activa contra el Dios de la Revelación, que es un Dios “antropomórfico”, “destructor de la cultura”, “in-humano”. Lucharán en favor del “Dios de los filósofos”, del “Dios de los poetas”, contra el “Dios de Abraham, de Isaac y

de Jacob", contra el "Dios de Jesucristo". Y se servirán de excelentes razones y razonamientos, excelentes, pero provisorios; de argumentos que sólo causan profunda impresión, mientras el corazón se niega a admitir las razones verdaderas, fundamentales, definitivas que demuestran la verdad del Dios vivo del Evangelio" (*Christliches Bewusstsein*, 48). Cfr. G. Stählin, *Skandalon*, 1930. K. H. Schelkle, *Die Passion Jesu in der Verkündigung des NT*, 1949.

La rebelión de la naturaleza contra lo sobrenatural será tanto más poderosa y eficaz cuanto más fuerte y grandiosa sea la naturaleza misma. Cuanto más grandiosas sean sus creaciones, tanto más logrará cautivar la mirada y el corazón humanos (cfr. el § 30 y sig.).

5. Es necesario, pues, guardarse bien de sobrestimar los servicios que la naturaleza puede prestar a lo sobrenatural. Se trata de servicios no exentos de peligros. No son servicios absolutamente indispensables, aunque sean valiosos. En definitiva, el Evangelio mismo posee fuerzas divinas; es de por sí una fuerza divina que salva a todos los que creen (*Rom.* 1, 16). "La religión no tiene necesidad de la cultura para hacer resplandecer su propia luz. La religión no toma su luz ni de la cultura, ni de la ciencia, ni del Estado, ni de la política. Si la religión necesitase la ayuda del Estado para cumplir su misión propia, pondría con ello de manifiesto su pobreza e impotencia. Por eso deben rechazarse cosas tales como el trabajo cultural, la actividad caritativa, la fundación de asociaciones, el auxilio social, etc., cuando se emplean como medios para conducir al seno de la Iglesia a los que se han apartado de la Iglesia y viven al margen de ella. La mera organización no llega hasta las almas, y por eso, en definitiva, tiene que fracasar. Sería también falso—como dice Rademacher—creer que la verdad religiosa, para convencer, tiene que disfrazarse de filosofía, de retórica o estética, o creer que las prácticas religiosas de la juventud tienen que presentar la apariencia de juego o deporte" (Landmesser, *Die Eigengesetzlichkeit der Kultursachgebiete*, 1926).

6. *Lo sobrenatural no debe ser absorbido por la naturaleza.* Misión de lo sobrenatural es la instauración, fortalecimiento y consumación del señorío de Dios y la consecuente realización de la salvación del mundo. De por sí no tiene necesidad de prestar servicios directos a la naturaleza, a la cultura, a los esfuerzos destinados a estructurar el mundo. Finalidad primaria de lo sobrena-

tural no es la creación de cultura, la elaboración de filosofía, la producción artística, etc. Es cierto, por otra parte, que el creyente, a partir de su unión con Cristo, tratará de elaborar y estructurar el mundo de acuerdo con las exigencias de la Revelación. En todas las formas de su actividad se esforzará por convertir el mundo en un transparente de Dios, para que la gloria de Dios pueda resplandecer en todas partes, la gloria de la verdad y amor divinos, que han aparecido visiblemente en Cristo. El creyente cumple, pues, su misión de *homo faber*, pero sin dejar de ser nunca *homo orans*. Todos sus esfuerzos están en concordancia con la voluntad amorosa de Dios, que ha creado el mundo y las leyes que le rigen y que ha redimido la creación pecadora; por eso será verdadero y auténtico el orden que el creyente crea, y la cultura que produce no será ni aparente ni falsa. De este modo surgen la cultura cristiana, el arte cristiano, la sociedad cristiana, el Estado cristiano.

7. Aquí surge un problema de gran importancia: ¿Tiene que producir determinadas formas culturales, determinadas formas de la vida social, económica y política el cristiano que quiere estructurar el mundo en la actitud de amorosa sumisión bajo la voluntad de Dios, es decir, en cuanto que es un administrador nombrado por Dios? Para expresarnos de otra manera: ¿Existen determinadas formas culturales de las cuales pueda decirse que sólo ellas son las formas que están en concordancia con la Revelación? Hay que responder negativamente. Existen formas culturales de las cuales puede decirse que están en contradicción con la estructuración del mundo exigida por el espíritu de la Revelación. Al número de tales formas pertenecen todas las que destruyen la dignidad del hombre, las que destruyen la libertad humana, convirtiendo al hombre en una especie de máquina o en elemento insignificante de una organización mecanizada, las formas que convierten la humanidad en una especie de comejenera. En definitiva, tales formas niegan y se oponen a Dios, que es la garantía de la dignidad y libertad humanas, y niegan y destruyen por eso la dignidad y libertad del hombre. Pero aunque pueda afirmarse con seguridad de algunas formas culturales que están en contradicción con la auténtica estructuración del mundo, no puede decirse, viceversa, que existen determinadas formas en que pueda manifestarse lo sobrenatural de un modo adecuado y exhaustivo.

Lo sobrenatural es una realidad absolutamente distinta de to-

das las cosas del orden del mundo y por eso no hay forma alguna terrena que sea capaz de manifestarlo y expresarlo adecuadamente. Tenemos, además, que la naturaleza, como ya se ha dicho, opone resistencia a lo sobrenatural. Solamente en Cristo lo sobrenatural ha compenetrado e informado totalmente lo natural. Pero aun en Cristo mismo sucedió esto, de un modo perfecto, después de la muerte; es decir, después de la destrucción total de las formas existenciales terrenas. Sólo el Señor resucitado y glorificado presenta una imagen adecuada de la unión perfecta entre lo natural y lo sobrenatural. Cristo es el arquetipo de un estado de absoluta perfección, en el cual lo sobrenatural compenetra de un modo perfecto a la naturaleza.

Este hecho pone precisamente de manifiesto que en la Historia no hay forma alguna capaz de manifestar de un modo adecuado y perfecto la realidad sobrenatural. Mientras dure el tiempo de la peregrinación, en el tiempo que precede a la manifestación perfecta del señorío de Dios, las fuerzas sobrenaturales no conseguirán nunca transformar la naturaleza. Ni siquiera podemos contar con la posibilidad de un progresivo proceso de transformación. En lo concerniente a la forma actual de este mundo, Dios no nos ha hecho promesa alguna. Al contrario, sabemos que son perecederas todas las formas que el hombre pueda dar a la tierra. Aun las más estables y sólidas obras humanas van marcadas de la signatura de la corruptibilidad. Todas las formas de la tierra están bajo la influencia de la Cruz, la cual, desde el pasado, arrastra hacia su abismo todas las formas del presente y están bajo la influencia del futuro, bajo la influencia de la catástrofe al fin de los tiempos, predicha por Cristo. Tenemos, pues, como resultado que no existen estructuraciones del mundo eternas y válidas de una vez para siempre.

De este estado de cosas se deduce que no se puede hablar de *una* cultura cristiana, ni de *un* arte cristiano, ni de *un* Estado cristiano, ni de *una* concepción cristiana del mundo (que no ha de ser confundida con la fe cristiana), ni de *una* filosofía cristiana (siempre que se trate de cultura, arte, Estado y filosofía reales y no de ideas e ideales irreales). Tampoco de la *Edad Media* puede decirse que llegó a realizar *la* cultura cristiana. Sólo puede hablarse de *una* cultura cristiana, indicando con ello las tentativas fructuosas con que el hombre se esfuerza por estructurar la naturaleza desde el punto de vista de lo sobrenatural.

Aun cuando el hombre no sea capaz de encontrar las formas

y estructuras en que se pudiese manifestar de una manera perfecta lo sobrenatural, puede buscar siempre de nuevo las formas más adecuadas y está obligado a hacerlo (cfr. §§ 125 y 217). A la razón le incumbe el determinar cómo ha de realizarse en cada caso lo sobrenatural en el mundo, a fin de que éste sirva de la manera más eficaz a la soberanía de Dios y a la Salvación de la humanidad.

Las formas que deberá adoptar la cultura dependerán de las circunstancias. La reflexión humana puede errar. Por eso puede suceder que los que se esfuerzan por instaurar el señorío de Dios y por asegurar la Salvación del hombre defiendan opiniones distintas y aun contradictorias en lo que concierne a la estructuración del mundo, la mejor forma de Estado, el mejor orden social o económico. Puede también suceder que la forma que en una determinada época, debido a las circunstancias naturales, ha fomentado el señorío divino y ha servido, por consiguiente, a la Salvación del hombre, al cambiar las circunstancias en una nueva época se convierte en traba y obstáculo con respecto al señorío de Dios y la Salvación de los hombres, es decir, quede anticuada, pierde su valor. Los que han llegado a conocer este estado de cosas pueden chocar entonces con los defensores del orden actual existente, los cuales considerarán la nueva forma naciente como innovación fantástica y sin garantía. Esta tensión puede ser fructuosa si las dos partes están impulsadas por el deseo de fomentar el reinado de la verdad y del amor. Nada sería más falso y pernicioso que identificar con el Cristianismo una determinada forma cultural, una determinada forma del orden social, político o económico. La actividad cultural de cualquier clase que sea no puede ser más que una tentativa, un ensayo orientado a instaurar y fomentar el señorío de Dios y la Salvación de los hombres. Los esfuerzos humanos serán siempre eso, tentativas y ensayos.

8. En el transcurso del tiempo terreno no recibirá el mundo la forma final y definitiva que Dios le ha reservado. Pero el cristiano sabe que ha de llegar la hora en que el mundo ha de recibir esa forma. La promesa de Cristo es una garantía absoluta de sus convicciones. Todos los esfuerzos de la política, del arte y de la ciencia no son más que símbolos e imágenes de la forma final y definitiva que comunicará al mundo la fuerza transformadora de Dios. Estos esfuerzos quedarán consumados cuando la cultura sea sustituida por el "Dios todo en todo", es decir, cuando comien-

cen a existir el cielo nuevo y la tierra nueva. Los esfuerzos humanos tienen, pues, un sentido y un destino *escatológico*. Si del cielo nuevo y de la tierra nueva pudiera decirse que son fenómenos culturales, entonces serían ellos *la* cultura cristiana propiamente tal. Pero en el caso en cuestión, no puede hablarse de cultura, porque la cultura es siempre el resultado de esfuerzos humanos, mientras que la forma final y definitiva del mundo es el resultado de una intervención divina.

Este *aspecto escatológico* es también una de las notas características del *humanismo* cristiano. Este humanismo es un esfuerzo continuo orientado a cristianizar la existencia humana y sus valores. No se trata de un estado, sino de un movimiento hacia Cristo, de un movimiento que comienza con el bautismo, es decir, en el momento en que el hombre comienza a participar en la vida y ser de Cristo. La transformación, según la imagen y semejanza del Hijo, se consuma en la eternidad. El humanismo de la cristiandad graba en el semblante humano la esperanza de las cosas venideras (Bauhofer, *Heimholung der Welt*).

9. Como quiera que lo sobrenatural sólo puede transformar la Naturaleza quebrantando la resistencia de su orgullo, es decir, de su egocentrismo, tiene que experimentar cierta corrección la conocida frase: *Lo sobrenatural no destruye la Naturaleza, sino que la perfecciona*. Esto sólo puede decirse sin limitación alguna de la Naturaleza pura, de la Naturaleza incondicionalmente obediente y sumisa a la voluntad de Dios. A partir del primer pecado, dejó de existir tal Naturaleza. En lo concerniente a la realidad histórica sometida al dominio del pecado, la frase en cuestión tiene que ser complementada. Lo sobrenatural no destruye la Naturaleza, pero la despoja de su orgullo, de su egocentrismo. La poda, por decirlo así, lo mismo que el jardinero poda los árboles para ennobecerlos, lo mismo que se tala la selva virgen para convertirla en tierra laborable.

Por consiguiente, la Naturaleza pierde algo, aunque esto sea para enriquecerse. La experiencia, el pensamiento, los sentidos pueden constatar y percibir lo perdido. La ganancia, al contrario, sólo puede ser creída, sólo se percibe a la luz de la fe. Lo que se pierde puede ser realmente magnífico y grande y al que sólo mide con medidas intramundanas (inmanentes) le parecerá tanto más grande y excelente. Hay una especie de singular belleza, una belleza diabólica, una belleza que ejerce sobre nosotros un misterioso en-

canto. Nietzsche ensalza la crueldad, la desconsiderada destrucción de todo lo que puede oponerse al superhombre. Ahora bien, lo sobrenatural condena y supera este autocratismo egoísta. Con ello el hombre no queda empequeñecido. Al contrario, el hombre queda ennoblecido y engrandecido, pues se liberta de la mera existencia humana con su limitación y pasa a participar en la plenitud de la vida divina. Pero sólo la fe conoce y ve esta elevación. La intervención e influencia de lo sobrenatural pueden ser aún más profundas y decisivas. Cristo mismo dice que hay casos en que puede ser necesario sacrificar la Naturaleza, por exigirlo así lo sobrenatural. Hay situaciones en que la mano o el ojo pueden ser ocasión de escándalo, de modo que es necesario destruirlos. El reino de los cielos sufre violencia. Con toda claridad aparece este hecho en la muerte de Cristo. La Naturaleza fué crucificada para conquistar la sobrenaturalidad del mundo entero. Al pasar por el abismo de la Cruz, Cristo ha ganado la glorificación de la Naturaleza humana. De este modo, la cultura se halla siempre bajo el juicio y bendición de la Cruz de Cristo (véase el *Tratado sobre la Redención*).

Explicaciones ulteriores se hallarán en los capítulos sobre la obra de Cristo, sobre la gracia y los Novísimos.